843 P8262S
M. E53
T.68

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de La Correspondencia de España.

TODO MENOS EL HONOR

(LA MAITRESSE DE MR. LE MINISTRE.)

I

¿Habeis entrado alguna vez en el monumento de estilo griego que adorna una de las plazas más céntricas de Paris y sellama la Bolsa?

¿No?

Tanto mejor. Habeis estado bien inspirado; el espíritu de la sabiduría os dirige, sois un hombre prudente y hábil.

Allí es donde se agitan y bullen en una espantosa barahunda los condenados de la especulación, traducida del juego si quereis.

Allí se mueven centenares de personas que cualquiera tomaría por locos furiosos, clamando, gesticulando, vociferando, sobre todo los dias de inquietud política, ó de trastornos financieros, sudando y desgreñados, con los ojos inyectados y el rostro congestionado.

Ninguna orquesta del mundo podria reproducir el *crescendo* tumultuoso y el ensordecedor murmullo de la compacta multitud.

En las playas de aquella mar borrascosa, la escena cambia á menudo; cualquiera cree-

ría que se trataba de antiguos colegiales en el patio de un colegio.

Los pastores de Florian no tenían el aire más placentero, ni los pasatiempos tan inocentes. Esto se observa á menudo después de grandes luchas cuando inmensas catástrofes han inspirado á los supervivientes una pasajera reserva, ó durante la estación de los baños de mar y de los recreos agrestes.

Entonces los bolsistas desocupados, pero siempre dedicados al vértigo del movimiento, se abandonan á tranquilos ejercicios en el santuario del moderno becerro de oro.

Estos pontífices del tres por ciento, del cinco y del amortizable, improvisan danzas circulares, se divierten jugando al tejo en las galerías, ó lanzan, como discos, los sombreros de sus colegas.

O si algunos sencillos extranjeros se mezclan entre ellos, inventan chistes agradables, como los de distribuirles tarjetas de recomendación para visitar las tumbas de los síndicos ó asistir al corte del cupón á media noche, en las criptas del monumento.

Calenturientos é inquietos, van y vuelven como ardillas, se estrechan en el vacío, y jugarían de buen grado á la barra ó al paso, si para la mayor parte la espalda no comenzara á carecer de flexibilidad. Siempre jóvenes y alerta el espíritu, á menudo gastados, más que por la edad por las preocupaciones, el abuso de la vida y los ardores malsanos de aquel *pandemonium*.

Francia es la tierra bendita de las con-

tradicciones; deja á Monte-Carloel beneficio de la ruleta, á Baden y Hamburgo las fabulosas ganancias del treinta y cuarenta, á los italianos las emociones de la lotería y las doradas perspectivas de las quinas y cuaternas, bajo pretesto de la inmoralidad de las operaciones aleatorias; abre sin pudor á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los arruinados, esa formidable casa donde las fortunas á grandes rasgos de lapiz, provechosos solamente á los compañeros de juego apalabrados ó libres, aparecen y desaparecen, se elevan ó se sumergen como esas islas volcánicas que una convulsión del mar vomita ó absorve sin otra ley que su capricho, y sin dejar más rastro que una ola de espuma en la superficie de sus aguas en ebullición.

El 28 de octubre de 187..., la Bolsa fué sacudida por uno de esos huracanes, cuyos recuerdos guardan los anales.

¿Un ministerio iba á caer?

¿Sufriríamos una crisis gubernamental?

Estas son las grandes palabras feas que el parlamentarismo (otra palabra tonta) ha puesto de moda.

No se sabía.

Dentro, mil ruidos alarmantes, habrian circulado por todos los ámbitos. Se hacían comentarios de toda especie para explicar el pánico; pero sobre todo, se susurraba una noticia desagradable para los acreedores del Estado, y los agoreros pretendian saberla por buen conducto.

Aun cuando así fuese, todas las cuerdas, todos los cables de la especulación á la baja, habian sido tendidos á la vez por los traficantes del mercado, resultando de esto una de esas desbandadas furiosas é irresistibles que arrastran á los más valerosos en la turba de fugitivos, y hacen estremecer hasta á los mismos jugadores cuya alma está blindada por veinte años de luchas sobre ese terreno movedizo que abrasa los piés y se hunde cuando menos se piensa.

El tumulto era indescriptible; las vociferaciones llegaban á una intensidad de que el célebre coro de *Hugonotes* no da más que una vaga idea; el hormigueo de los especuladores desatinados, de los agentes inquietos y lívidos, de los comisionistas indiferentes y guasones, formaban una mezcla capaz de aterrorizar á los provincianos errantes bajo las columnatas del piso superior.

La danza macabra más descabellada, las multitudes de las batallas antiguas, no son nada comparadas con aquella confusión desusada y aquel trueno de clamores.

Quien no lo ha visto ni oído, no podría imaginárselo.

Solo los municipales, de plantón, miraban con indiferencia el torbellino que les rodeaba.

Cerca del tercer pilar, á la derecha, conforme se entra, con las manos metidas en los bolsillos de un sobretodo gris claro, un bastón de Verdier bajo el brazo, apoyado en una columna, en una postura negligente, un hombre como de cincuenta años de edad, contemplaba con mirada persistente, velada por espesas cejas negras, los movimientos y sobresaltos de aquella onda viviente que se agitaba.

Era alto, bien formado, y tenía el aspecto correcto de un *gentleman* inglés. Los cabellos y la barba, bien cortados, blanqueaban; sus labios delgados se abrían raramente con una sonrisa, dejando ver hermosos dientes.

Su rostro tenía un carácter propio: la impasibilidad.

Su nariz, la nariz de los judíos romanos, en menos acentuada que la de sus correligionarios; en suma, el conjunto no carecía ni de energía ni de dignidad.

De tiempo en tiempo era arrancado de su contemplación por la llegada de los Corredores, que le deslizaban al oído rápidas consignas, á las cuales contestaba con órdenes breves, que aquellos corrían á ejecutar apresuradamente.

El cuadrante de la Bolsa marcaba las tres menos veinte, cuando una mujer de una elegancia suprema, esbelta, vestida de negro, el rostro medio cubierto con un velito oscuro, se destacó en las galerías del primer piso, á la derecha del reloj.

En tiempos ordinarios, la aparición de aquella morena soberbia hubiera provocado una de esas manifestaciones irónicas que intimidan á las mujeres bonitas extraviadas en aquella cueva de los leones de la banca.

Pero la ocasión no era propicia para las distracciones, y los bolsistas tenían demasia-

dos perros que fustigar para ocuparse del sexo que continúa turbando las cabezas de los descendientes de Ordaux y perdiendo al género humano.

Una baja enorme, fulminante, ruinosa, había sobrevenido, y acentuaba el desastre comenzado una hora antes.

El desaliento se leía en todas las fisonomías.

Aquellos mismos á quienes había salido bien la cuenta, y eran los menos, á esta conmoción imprevista se sentían atacados de una especie de consternación, preguntándose dónde pararía aquel desastre y si encontrarían jugadores bastante ricos y leales para pagar las diferencias gigantescas, que se agravaban de minuto en minuto.

Nadie pensaba en la presencia de aquella mujer, cuya magnífica belleza hubiera producido una singular emoción en cualquier otro momento.

Tranquila y serena, buscaba entre aquella confusión y sondeaba con la vista aquella multitud inquieta, tratando de distinguir entre ella lo que descubrió después de una corta inspección.

El personaje apoyado en el pilar contestó con un signo de cabeza á su mirada interrogadora.

Para un observador, el movimiento de los labios que acompañó á su saludo significaba: «No os inquieteis: todo va bien, no hay peligro; el negocio está hecho.»

Después de esta respuesta clara y muda, ella inclinóse y desapareció.

A las tres la campana sonó ruidosamente, mezclándose durante un segundo con los gritos de los agentes.

El día terminaba con una explosión de nuevas ofertas.

El judío abandonó su pilar, atravesó rápidamente el peristilo y se lanzó en una berlina negra estacionada en la esquina de la calle Vivienne.

—A casa de Mad. Jeller—dijo al cochero.

El caballo, que piafaba sujeto á las varas con impaciencia, trotó hacia el Boulevard, le siguió hasta la *chaus ée d'Antin*,, ganó la trinidad, subió la calle de Clichy y se detuvo á la puerta de un hotel de la calle de Milán.

Este hotel, muy artístico en la forma, tenía de elevación dos pisos sobre el entresuelo.

Era de estilo del Renacimiento, construído con piedras de Caen.

Desde la calle, en la finura de las cortinas, en los postigos acolchados de las ventanas, se adivina la opulencia del decorado interior.

No es una casa, es un nido, nido de pájaro friolero, forrado de satín y de pluma, enlosado de mosaicos, cubierto de tapices de Oriente y tapizado de damasco ó de terciopelo de Génova.

Esto se comprende sin penetrar, de la misma manera que en el aspecto de ciertos rostros se adivinan las cualidades del corazón y del talento de aquellos que las poseen.

El judío apoyó el dedo sobre un timbre de plata bruñida incrustado en la pared.

Abrióse la puerta por sí sola con un ruido seco, y se encontró en un vestíbulo cubierto de riquezas de todas especies.

Una escalera de encina, cuya balaustrada maciza parecida á la que debía adornar el vestíbulo de Marion Delorme en la plaza Real, daba acceso al primer piso. Entre los cuadros suspendidos en los testeros, un soberbio retrato de mujer, varias veces repetido; á caballo, en coche ó en traje de baile, atraia las miradas sumiendo en la oscuridad las demás pinturas que le acompañaban.

Era el retrato de la dama que hemos visto en las galerías de la Bolsa. Los lienzos estaban firmados por Chaplin, Stevens y Cot. La boca fina y espiritual sonreia con una gracia exquisita; sus ojos chispeantes anunciaban tanto talento como una comedia de Meilhac ó de Sardou: los labios rojos, un poco gruesos, lascivos, parecían prontos para los besos de amor, y hermosos cabellos negros de una extremada abundancia rodeaban un rostro de tintas ardientes, donde el tipo de los judíos de raza se hallaba en su más perfecta expresión.

El visitante despidió con un gesto al criado que se presentó para recibirle, arrojó su sobretodo en un divan, pasó ante el retrato sin mirarlo siquiera, y una vez llegado al primer piso, paróse ante una puerta de palisandro, delicadamente esculpida.

Una vez allí dió un golpe discreto.

—Entrad—dijo una voz breve.

II

El pequeño salón donde Sarah Feller esperaba á Isaac Blownt, es capáz de proporcionar sueños agradables á un amante de curiosidades.

Las paredes cubriertas de molduras de ébano encuadraban preciosas tapicerías cuyas tintas desvanecidas recrean la vista. Todos los muelles son antiguos. Este costurero es el de María Antonieta á lo *petit*, Trianon; aquél *secreter* ha recibido las confidencias de la marquesa de Pompadeur. Ni un solo cofrecillo que no tenga un orígen auténtico y de la más noble procedencia. Cada sillón tiene su historia. Las telas son originales, el péndulo, que os recomiendo, ha sido fabricado sin duda alguna por algun artífice de la buena época de Luis XVI.

Nada de trivial.

Para completar aquél mobiliario, se ha debido expropiar indemnizándoles largamente, á los Malinet y á otros anticuarios célebres. Todo, en fin, se funde en un conjunto armonioso.

Al salir del infierno de la especulación, Blownt, entraba en el paraiso del lujo, y si no temiesemos ofender los castos oidos de nuestras lectoras, añadiriamos de la lujuria, á juzgar por los ojos estrañamente animados y voluptuosos de la dueña de la casa.

Este paraiso, gracias á la presencia de aquella encantadora, rivalizaba con el del

comendador de los creyentes. La cualidad de la persona compensaba la cantidad que faltaba, pero el judío no habíaido para apreciar el lado seductor.

No prestó atención alguna á la espléndida belleza de Sarah, en quien cualquiera otro hubiera admirado el perfil de una exquisita pureza de lineas, donde á la sangre israelita se aliaba un no se qué de gracia aristocrática y parisiense.

El talle flexible y delicado de la joven se dibujaba bajo un peinador de crespón de la China de un color indefinible, dominando el rojo, y sus pies calzados con pantuflas comparables por su tamaño á las de Cendrillón, sobresalían por entre los encajes de su falda.

Un vago y delicioso perfume de violeta se había esparcido en la atmósfera embalsamando el salón, donde todo parecía reunido para realzar la belleza de la mujer que lo habitaba.

Sarah tenía ventiocho ó treinta años, pero el observador más hábil no la hubiera hechado más que veintidos ó ventitres.

Negligentemente recostada en una *chaisse-longue*, no cambió de postura á la llegada del visitante que esperaba.

El judío quitóse tranquilamente los guantes, los colocó en una copa de malaquita que Benvenuto hubiera firmado con orgullo, echó un leño en la chimenea y arrellanándose en un sillón, esperó las preguntas de la joven.

Esta guardó silencio durante algunos minutos, y cuando lo rompió fué con esta corta interrogación:

—¿Y bien?

—Está hecho.

—¿Cuánto?

—Dos millones de á cinco.

—¿Vendidos á?...

—Ciento catorce y algunos céntimos.

—¿Cerrado?

—A ciento nueve.

—Bajará más.

—¿Lo creeis así?

—Así lo creo, pero no espereis. Esta tarde volved á comprar lo que se venda.

—¿Todo? ¿más todavía?

—¿Supongo que no tendreis miedo?

—De ninguna manera. ¿La orden no tiene límites?

—El doble si quereis uno.

—¿Creeis que subirá?

—Sin duda alguna.

—¿Por qué?

—¿Qué os importa el motivo?

—¿De modo que es una grosera mentira?

—¡Qué palabra empleais!

—¿Cómo quereis que diga? ¿Entonces será desmentida?

—Dentro de dos días.

—¿El treinta? Es peligroso.

Una sonrisa entreabrió los labios purpurinos de Sarah.

—Para los otros, sí.

Blownt se levantó.

—¡Ah! ¡tú tienes un amigo útil y podero-

so!—observó.—Puedes lisonjearte de ser una mujer dichosa.

—Así parece.

—¿Ha venido?

—Hace un instante.

—¿No hay más instrucciones?

—No, ninguna más; haced lo que os he dicho.

—Adiós, pues, mi querida hija.

E inclinándose sobre la frente de Sarah, depositó un beso que no llegó á su destino, y se perdió entre los negros cabellos de la judía, la cual inclinóse intencionadamente.

—Siempre sois esquiva conmigo, Sarah,—dijo enderezándose.

La boca de la joven expresó una suprema indiferencia, pero no contestó.

Blownt se puso los guantes dirigiéndose hacia la puerta.

En el mismo instante en que tocaba el botón de plata cincelado, abrióse aquella con gran ruido, y una joven, de unos veinticinco años, entró como un torbellino, faltando poco para derribarle.

—¡Ah! ¿Estais aquí?—dijo al ver al judío.—¡Cuánto me alegro de veros! Quizá podais explicarme lo que pasa.

Isaac Blownt saludó.

—Tengo prisa,—dijo,—dispensadme.

Y salió.

La recien venida llevaba una *toilette* original de satín azul, de un gusto irreprochable. Era rubia, pero el arte había completado la obra de la naturaleza dando á sus cabellos

el color del de las venecianas que sentaba admirablemente al de su rostro de nívea blancura.

Se llamaba por voluntad propia, Blanca de Chantilly, y en sus armas que jamás d'Hozcer había registrado, se veia una paloma asustada bajo un milano raptor con las alas extendidas y seguido por infinidad de sus semejantes.

—¿Qué es lo que te pasa que te trastorna hasta tal punto, querida mía?—preguntó Sarah una vez sola con su buena amiga.—¡Qué animación! ¡Pareces un gallo furioso: estás horrible!

—Todo lo que tu quieras; pero se cuentan de la Bolsa cosas atroces. Todo el mundo está indignado, no te ocultaré que se censura al ministerio; cada uno tiene su merecido; tu que estás cerca de los astros, dame un poco de luz.

—¿Es tu amante quien te envía en comisión?—preguntó Sarah fijando en la bella rubia su mirada clara y fria.

—Soy sincera: sí.

—¿Está exasperado como los otros?

—Sí.

—¡Ese bueno de Nathan! ¿Habrá perdido entonces?

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí.

—No me sorprende; no hay un sér tan limitado como ese; nos deshonra; no tiene ni dos adarmes de cálculo.

—¿Cómo lo has adivinado?

—El no ignora que yo jamás me ocupo en cuestiones de dinero.

—Pues no es eso lo que se asegura,—observó Blanca herida en lo más vivo.

—Nada sé absolutamente: ni más ni menos que tú. Los negocios son mi punto negro.

—Y sin embargo, los tuyos marchan perfectamente.

—¡Oh, pura calumnia! ¿Vas á darme una serenata? Gracias á que estoy provista de una coraza de indiferencia que es de una solidez...

—Tu galería de cuadros es de una riqueza asombrosa.

—Asombrosa: esa es la palabra.

—Cada seis meses compras una casa, y siempre en los mejores barrios.

—A nadie puede prohibírsele elegir los buenos sitios; tengo un apoderado muy inteligente, si quieres te daré sus señas.

—¿De qué me servirían? Tu posesión de Houlgate mete bastante ruido.

—Como que el arquitecto tiene un gusto exquisito, y además se recomienda por su economía: tómale.

—¿Te burlas? Tus diamantes son célebres; en el teatro no se ven iguales; eclipsas á las princesas de los barrios más principales.

—Más vale ser envidiada que compadecida.

—Ten cuidado—exclamó Blanca furiosa;—mientras que vosotras apiñais millones sobre millones, el público pierde su dinero y rábia hasta convertirse en peligroso.

—¿Por qué juega?—contestó negligentemente la judía, volviendo la espalda á su amiga.—Vamos, hija mía, que pierda ó que gane, el juego siempre es una cosa abominable, inmoral, y si nó consulta con nuestros filósofos.

—¿Cuál es tu opinión respecto á él?

—Yo—dijo Sarah—pienso, querida mía, que puesto que la falta es igual, lo más sencillo es ganar.

—Sobre todo á ciencia cierta,—gritó Blanca exasperada.

—¿Y tú, qué piensas?—preguntó Sarah volviéndose.

—Lo que quieras—dijo la otra secamente, —ó sobre poco más ó ménos lo que todo el mundo. Buenas tardes.

—La liga de los descontentos—pensó la judía, yendo hácia la ventana;—habrá tantos mañana, que uno más ó ménos, lo mismo dá.

Y para distraerse comenzó á tocar una marcha con sus afilados dedos sobre los cristales.

Poco á poco detuvo el compás y cesó gradualmente aquella música qus necesita tan cortos estudios.

Acababa de apercibir una pequeña berlina de elegante forma, enganchada á un caballo bayo de pura sangre, que desembocando á la vuelta de la calle de Clichy, se paró en la puerta del hotel.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Arregló con la mano los pliegues de su peinador, colocó artísticamente los cabellos sobre la frente, y echando una rápida mirada al espejo, volvió á ocupar su posición indolente en la *chaise-longue*.

Después esperó.

Al cabo de un miñuto la doncella anunció a Mr. de Kerjean.

Un joven de treinta años, condecorado, de elevada estatura y aspecto militar, seguía á la doncella.

Cabellos castaños ondulados, muy abundantes, sombreaban una frente ajada ya por las preocupaciones y las noches del Círculo.

Sus blancos dientes brillaron al sonreir cuando se aproximó á Sarah; un bigote sedoso y fino cubría su lábio superior, un poco burlon. Lo demás del rostro estaba cuidadosamente afeitado.

Inútil sería poner un nombre aristocrático á aquellas facciones de raza, graciosas y altivas á la vez.

En los movimientos nerviosos del recién venido, en el estremecimiento de sus dedos, se adivinaba que estaba bajo el imperio de una contrariedad violenta, que en vano se esforzaba en rechazar.

Sarah con un movimiento lánguido, que tantos encantos presta á las mujeres, le tendió la mano; estrechóla él entre las suyas y depositó en ella un largo beso, yendo despues

á sentarse en un confidente mullido y bajo á los piés de la judía.

—Teneis el aire preocupado, monseñor,—le dijo ella—¿os ha pasado alguna mala ventura? ¿De dónde venís?

—¿De dónde puede venirse á semejante hora, si no es...? La palabra se detuvo en sus labios.

—¡De un lugar donde no debiais poner los piés!—concluyó la judía.—Si hubieseis seguido mis consejos de hace ocho días, lo sentiriais menos. ¿No teneis bastante con vuestros clubs para arruinaros?

—Ahora ya es tarde. Estoy cogido en el engrane; un brazo queda allí, la cabeza se conserva sana.

—¿Habeis perdido?

—Mucho.

—¡Desgraciado!

—¡Ah! ¿quien gana en esa selva de Bondy—replicó el conde con cólera—si nó es algún bandido? A cada instante aparecen nuevos tramposos de un modo imprevisto. Se ve uno rodeado de pillos, de salteadores de caminos, que á la menor seña registran los bolsillos del público como los rateros del Puente Nuevo en la limosnera de los transeuntes antes de la invención de los faroles. Apenas se da un paso se cae en una emboscada Desde que la banca ha adquirido cierto aspecto, no sabe uno á que santo encomendarse. Ya no hay brújula para conocer el norte y el viento cambia según el capricho de esos sindicatos que van en bandadas como los malandrines de la Jac-

querie. Sus bocas anuncian las borrascas, y si hacen zozobrar el navío es para pillar los restos. Así es que hoy....

—¿Hoy?

—Como Sansón, el coloso de vuestra Biblia, han sacudido las columnas hundiendo el templo. Muchos han quedado debajo, otros han desaparecido.

—¿Quienes?

—Los que se designan en alta voz por la calle. Preguntad sus nombres al eco del boulevard y os los proporcionará.

Y abandonando su sitio bruscamente, comenzó á recorrer el salón á grandes pasos.

La judía se levantó tras de él.

Sus movimientos tenían gracia felina. Se aproximó al conde, el cual con la cabeza inclinada, sumido en profunda reflexión, que á creer por la expresión de sus facciones no estaba exenta de amargura. Elevóse sobre la punta de los piés, colocó sus manos sobre los brazos cruzados del jóven, y mirándole fijamente:

—Santiago—le dijo con voz más dulce que la de una prima donna, suspirando quejas de amor y tratando de sondear hasta el fondo de su alma—¿quereis ser sincero conmigo?

—¿No sabeis que no os oculto nada?

—¿Qué fortuna teniais cuando vinisteis á Paris hace cinco años?

—Ochenta mil libras de renta.

—¿En tierras?

—En tierras.

—¿En Bretaña?

—En el Finisterre.

—¿Cuanto os queda?

—Lo ignoro; esta mañana hubiera podido decirlo; ahora ¿quién lo sabe?

—¿Cuánto habeis perdido hasta aquí?

—Cerca de un millón quinientos mil francos.

—¿Y este mes?

—Este mes no me atrevo ni á pensarlo.

—Es decir, que estais arruinado, ó poco menos.

—Me lo temo; pero un capricho de la suerte que me ha quitado todo, puede devolvérmelo.

—No; á menos de un milagro, y Dios los hace rara vez con los jugadores. Es preciso recurrir á un medio extremo.

—¿Cuál?

—Escuchadme; yo no soy más que una mujer que tiene sangre maldita en las venas;—dijo con cólera reconcentrada.—Además se habla mucho de dinero y de números en esta casa, y á fuerza de oir á unos y á otros tratar estos asuntos, he concluido por estar fuerte en la cuestión de negocios. Creedme pues; vended vuestras tierras y colocad religiosamente en sitio seguro lo que os quede. Ya se encontrará alguno, que, (en caso preciso yo os lo buscaría) despues de pagar vuestras deudas, os dé un millón encima. Vuestras posesiones están arrendadas á bajo precio, me lo han dicho; poseeis bosques de un gran valor; tambien me lo han dicho.

—¿Quién?

—Sarah hizo un gesto de compasión. Vosotros los cristianos sois fáciles de pillar, gracias á lo que descuidais vuestros intereses! ¡Ignorais por qué aves de rapiña estais perseguidos! Mirad quién os rodea, y pensad el sitio de donde salís. El dinero es su Dios; habíais de martirizarles con serpientes de fuego, é inclinarian la frente hasta el suelo ante su ídolo. Os han examinado y pesado, y saben perfectamente lo que valeis, lo que teníais y lo que os resta; os siguen como chacales y calculan, con la seguridad de los doctores que toman el pulso á un enfermo, el momento en que herido y extenuado, caereis sobre el campo donde luchais con armas desiguales.

Seguid mis consejos, haced cuanto os digo y volvereis á ser rico de nuevo, con una condición, de la cual hablaremos más tarde.

—¿Y cuál es esa condición misteriosa, bella Sarah?—preguntó el conde.

—Es mi secreto. Por el pronto solo exijo la promesa de no volver durante este mes (solo quedan dos días) á esa caverna donde perdeis la tranquilidad de vuestros mejores años, y una fortuna ya tan comprometida. Allí no jugareis con adversarios leales; las cartas y los dados son falsos; habíais de ser el hombre más hábil de la tierra y pereceríais un día ú otro. En esos mares peligrosos hay escollos que los más intrépidos pilotos no precaven; las tempestades no vienen de Dios, sino de los hombres, estos eligen la hora y las levantan á su capricho. ¿Qué vais á hacer vos que no sois marino, en esa galera? ¿Qué

vais á hacer vos, un noble, en esos garitos?

Una amarga sonrisa cruzó por los labios de Santiago.

—Ya es tiempo de predicarme esa moral,—dijo.—¿No es aquí donde he contraido esas costumbres, y el primer guía que he seguido en ese laberinto de peligrosas revueltas, no ha sido vuestro mismo padre?

—¿Querreis decir Isaac Blownt, supongo? —replicó la judía cuyo rostro de una palidez mate se coloreó súbitamente.—Os agradeceré mucho que en adelante, no le deis ese título.

El conde sorprendido guardó silencio.

—No podeis comprender el carácter de ese hombre—prosiguió Sarah con viveza;—si hubiera vivido en otro tiempo, por ejemplo en España, hubiera condenado un hereje á la hoguera para vender sus cenizas; en la Calabria, habria esperado á los viajeros al pié de una roca con una escopeta para destrozarlos; en Polonia, seguiría al labrador de un campo aguijoneándole á fin de apresurar su trabajo; en París al abrigo del Código, despoja y desbalija limpiamente á sus contemporáneos, de lo superflúo y á menudo de lo necesario. Es una especie de vampiro legal, ejerciendo sus rapiñas en vasta escala al abrigo de los rigores de la justicia; adulado por el contrario, tengo miedo de sus triunfos que cuenta como una habilidad, y son únicamente el resultado de su falta de probidad. Aquí habreis visto muchos que se le parecen.

Si me preguntais porqué me explico así á

propósito de una persona que me toca tan de cerca, os contestaré (puesto que hemos llegado al terreno de las confidencias,) que esperimento por él, la más profunda indiferencia; que el verdadero padre á quien hubiese reconocido y amado, seria al que me hubiese tratado como á su hija, no al desgraciado (quiero emplear esta frase) que en la miseria comun ha renegado de mi madre; que me ha abandonado y ha venido á mí cuando he lisonjeado suvanidad y servido sus intereses. ¿Comprendeis ahora?

—¿Porqué no me habeis dicho estas verdades el dia que entré en vuestra casa?

—Entonces erais para mi un estraño y un indiferente.

El conde se aproximó.

—¿Y ahora?—dijo.

Sarah se mordió los labios sin contestarle.

IV

Kerjeau examinó con curiosidad á la judía mientras esta reflexionaba.

Desde su asiento donde ella le había vuelto á colocar, contemplaba las líneas del rostro de la joven con la fijeza de un amante en éxtasis ante una estatua sin rival.

La barba en la cual se dibujaba un encantador hoyuelo, apoyada sobre su mano izquierda, la expresión dolorosa, los ojos húmedos con resplandores de ópalo, víctima de una emoción extraña, Sarah parecía otra mujer.

A la expresión imperiosa y dura de sus facciones, había sucedido una especie de inquietud temerosa. De la mujer de negocios incisiva y neta, sólo quedaba una esclava resignada, en contemplación ante su dueño, ó melancólicamente inclinada bajo el peso de una pena tan intensa como secreta.

El conde había *vivido* mucho, había entrado victoriosamente en muchos *budoirs*; había ajado muchas mantillas é improvisado demasiadas serenatas bajo los balcones, para ignorar las caprichosas transformaciones de las mujeres.

La actitud de Sarah fué una revelación para él.

Siempre había acogido sus reiteradas galanterías con una ligereza burlona que le había intimidado á pesar de su audacia.

Cuando sus desdenes llegaban hasta el punto de encolerizar á aquel asiduo cortesano, le retenía demostrándole una especie de afección tierna y desinteresada, pero exclusiva de las libertades necesarias por las cuales él suspirarba.

Si se quejaba de ello:

—El amor pasa pronto—decía—la amistad durará siempre. Si quereis otra cosa, esperad; ¿quién sabe?

Cuando ella se disponía á abrir la boca, él se la tapó con una mano, y con la otra atrayéndola hacia él, la dijo.

—Callaos; quiero explicaros vuestro secreto pensamiento. ¿Habéis comprendido, por fin, que lo que me atrae todos los días á este